

EL TESORO INCA

I

El recuerdo del aquel día en que encontré el relato del escribano me sorprendió esta mañana, cuando aún me hallaba en ese terreno limítrofe entre el sueño y la realidad. Estaba agazapado en algún lugar de mi mente, esperando el momento justo para hacer su entrada triunfal y completar el cuadro de aquellos días que cambiaron mi organizada y tranquila vida. Y aunque aún queden muchos huecos en mi memoria, años enteros cuyas páginas permanecerán en blanco quizás para siempre, puedo por fin terminar de tejer este relato al encontrar la punta de la madeja: el recuerdo de cómo había caído en mis manos aquel libro, la única pertenencia aparte de mis ropas con que llegué a este lugar. Volvió a mi memoria la imagen de su lomo de cuero, donde los latigazos del tiempo habían dejado imborrables cicatrices. Se asomaba esforzadamente, como pujando por librarse de la opresión a que lo sometían los dos gruesos volúmenes que lo flanqueaban sobre el tercer estante de la pared del fondo de la pequeña biblioteca del Instituto de Historia Precolombina de la Universidad de Lima. La luz del sol, matizada por los vidrios verdes de las ventanas, hacía un último esfuerzo por alcanzar ese estante antes de desaparecer tras los edificios más altos del

barrio. Sus resplandores postreros bañaron al tomo en el momento justo en que mi mano se posaba sobre él. Tomé el libro con la misma delicadeza con que se toma a un recién nacido y lo llevé al escritorio que acostumbraba ocupar desde hacía más de diez años, preguntándome en el trayecto cómo en todo ese tiempo nunca antes lo había visto. Las hojas amarillentas y de bordes resquebrajados despedían un inconfundible olor a añejo y los caracteres desparejos indicaban que había sido impreso en una imprenta muy rudimentaria. No reconocí el nombre del autor y pensé que se trataría de una de las tantas crónicas sobre la conquista de América escrita por algún soldado con vocación literaria y buena memoria. Seguí así durante un largo rato, evocando –medio dormido, medio despierto– las vívidas imágenes de aquel día, las que se proyectaban en el telón de mi mente como una película antigua, sin sonido.

II

El prólogo me develó el misterio sobre el autor de aquel pequeño relato. El editor del libro declaraba haber encontrado el manuscrito en la biblioteca de un hospicio para dementes que funcionaba en las afueras de Sevilla desde la época en que los moros fueran expulsados de la región. Había sido escrito por uno de los pacientes del hospicio, un escribano que vivió allí desde su regreso de lo que hoy es Perú, hasta su muerte. El escribano había formado parte de una expedición que partió de España en busca de un tesoro Inca y anduvo extraviado por las sierras durante más de veinte años. Finalmente, había sido encontrado por otra expedición y devuelto a España, pasando del barco directamente al hospicio. En los últimos años de su vida, el escribano se había dedicado a la

tarea de documentar los acontecimientos vividos durante su estancia en las tierras de América pero la muerte lo sorprendió al poco tiempo de iniciada su obra, la que recién fue publicada, aunque inconclusa, cincuenta años después de que su autor dejase, por fin, los muros del hospicio para ser enterrado en el cementerio aledaño.

Estaba por comenzar a leer el relato del escribano cuando la campana que anuncia el término del horario de visita a la biblioteca hizo oír su voz autoritaria. Pedí prestado el libro para terminar de leerlo en el cuarto en el que moraba, dos cuadras más abajo en dirección al río. Cuando salí a la calle, la oscuridad se me abalanzó como un enorme perro negro y tardé unos segundos en adaptar mi visión a la escasa luz de los faroles eléctricos. El bullicio de la ciudad comenzaba a atenuarse; dentro de una hora las calles estarían desiertas, excepto por los jeeps militares que de tanto en tanto pasarían para hacer respetar el toque de queda con su sola presencia. Camino al cuarto, pasé frente a un restaurante de donde salía un intenso vaho a pescado frito mezclado con las voces de los parroquianos. Pensé en entrar a comer algo antes de volver a mi cuarto, pero sentía latir el libro acurrucado en mi axila y, olvidándome de mis necesidades fisiológicas, me fui directamente a la pieza a continuar la lectura.

Mi cuarto, desprovisto de cualquier ornamento innecesario, lucía sin embargo acogedor. Probablemente fuese por el orden y los estantes con libros que cubrían dos de las cuatro paredes. Bajo la ventana, estaba el escritorio con el único objeto de lujo del local: una hermosa lámpara de bronce con una pantalla opaca de vidrio que, desde que la adquiriera en un bazar persa, iluminó las páginas de cientos de libros. Contra la cuarta pared, la cama cubierta por una manta de fina lana de alpaca que me daba calor en invierno, sustituyendo la presencia de otro cuerpo que me lo brindara. Mi pasión por el

orden se la debo a mi oficio, a haberme pasado días y meses limpiando, ordenando y catalogando huesos, trozos de vasijas, herramientas de metal y piedras labradas. Mis libros y mis pocas pertenencias las limpiaba, ordenaba y catalogaba una y otra vez, y tal vez por eso no podía imaginarme la presencia de otro ser compartiendo esa habitación. Y si no aceptaba que nadie interfiera en mi vida privada, menos aún lo aceptaba en mi profesión. Se lo había hecho saber al director del Instituto cuando pretendió enviarme a excavar donde yo sabía, con absoluta certeza, que no encontraría más que polvo y piedras. Desde entonces tuve que arreglármelas como pude, sin recibir ni solicitar ayuda del Instituto para no tener que someterme a sus caprichos.

III

Encendí la lámpara de bronce y abrí el libro sobre el escritorio para que las páginas se fuesen acostumbrando al calor de su luz. Del velador saqué una botella de pisco y me serví medio vaso del líquido cristalino. Sentí al beberlo como el calor del sol prisionero se liberaba en mis entrañas y hacía más fluida mi sangre, llegando por sus cauces a cada rincón de mi cuerpo. Cumplido ese rito diario, heredado de mi padre, y habiéndome puesto mis pijamas y celebrado con gran meticulosidad el otro ritual del aseo vespertino, me dispuse a internarme en el relato del funcionario, que comenzaba describiendo los pormenores del viaje al Nuevo Mundo.

«Aquella mañana en que dejamos el puerto, luego de despedirnos de quienes allí quedaban con tristeza a esperar nuestro regreso, dimos comienzo a la aventura cuyos pormenores he de relatarles y cuyo recuerdo aun atormenta mi alma y me despierta en las noches con el corazón desbocado.

Pueda ser que así encuentre sosiego mi conciencia y mi cuerpo, viejo y achacoso, obtenga por fin el reposo que se merece al cabo de una vida plena de angustias.»

«Partimos, entonces, aquella mañana y todos los signos vaticinaban que los vientos nos serían favorables. Puso el timonel rumbo al suroeste y nos quedamos viendo, por largo rato, como las tierras se alejaban al tiempo que se hundían en ese mar azulverdoso, apenas encrespado por las suaves brisas matinales.»

«Ya no recuerdo cuantos días pasaron desde nuestra partida –días de ocio, días interminables y monótonos como el ruido de las olas contra el casco de la embarcación– cuando una tarde divisamos contra el horizonte la silueta de la cumbre nevada de un volcán. Arribamos al puerto cuando aún no se extinguía su actividad y tuvimos apuro en abastecernos de provisiones antes de que cayera la noche. Habiendo concluido esa tarea, el comandante dióle permiso a la tripulación para bajar a puerto ya que al día siguiente emprenderíamos el largo cruce del mar océano. Yo preferí quedarme a bordo, a contabilizar las mercancías y los abastos. Los marinos en tierra firme, acostumbrados al vaivén de la nao, ansiaban reemplazarlo por los efectos del ron o remeciéndose sobre alguna mujer de carnes poco firmes pero rápida de cascos, de esas que siempre rondan las fondas de todo puerto.»

«Hasta allí no habíamos sufrido percance alguno, pero quedaban aún muchas millas por recorrer y el mar sabía cobrarse con las vidas de los marinos los servicios que prestaba. También el viento, que hincha los velámenes haciendo progresar la marcha de los navíos, podría tornarse traicionero y quebrar los mástiles, cortar las amarras o morirse por un día entero, dejándonos a merced de las corrientes, las que no siempre nos llevarían hacia donde deseábamos ir. Por eso,